

Don Fernando Cabello Lapiedra, jefe del Registro de la Propiedad Industrial, acaba de ser jubilado.

Esa es la gaceta. Pero tras la figura del ilustre jubilado se queda todo un mundo de inefables inquietudes. El mundo gregario, eléctrico, trepidante, pintoresco y sorprendente de los inventos.

Y ahí está el reportaje. Este reportaje cuyo piloto no puede ser hoy en España más que el señor Cabello Lapiedra, el más docto, el de más larga especialización en materia de propiedad industrial.

—¿Quiere usted, don Fernando, llevarme por ese mundo en el que usted se ha pasado lo mejor de su vida? Por el mundo maravilloso de los inventos y los inventores.

—Sí, sí; yo, encantado—me dice muy amable el señor Cabello Lapiedra.

Estamos en casa. Entre ringlas de libros de arte, de historia, de literatura... Buenos libros. Y muchos retratos ilustres apoyados en los tejuelos de esas obras.

—Me gusta mucho leer—exclama don Fernando al ver mi curioso por su biblioteca.

—¿Como remanso? —Sí; aunque la verdad es que a mí no me fatigaba nada mi tarea; acaso por el entusiasmo con que la hacía.

—Pero muy sostenida la atención, ¿verdad?, para esa labor suya.

—¡Ah! Claro, sí, y mucho trabajo. ¡Usted no sabe lo que inventa la gente! Son años febriles, en todo el mundo, para sacar punta al entendimiento.

#### EN 1870 HABÍA EN ESPAÑA PLUMAS ESTILOGRÁFICAS

Además, el español es propicio a la invención. Tiene muy despierto el ingenio. Su imaginación es fértil y brillante. Y no faltan los grandes soñadores de los grandes absurdos, entre cuyos celajes surge a veces una clara que puede llegar a ser una luz.

—España—me dice el señor Cabello Lapiedra—es rica en iniciativas. Y se ha adelantado muchas veces al invento. En el caso de la pluma estilográfica, por ejemplo. ¿Usted sabe que en nuestro país existían plumas de ese tipo en 1870?

—No, yo no. Ni probablemente nadie que no haya estado en el Registro Industrial.

—En la fecha que le digo aparecieron en España unas plumas cuya teoría era la de las estilográficas. Sólo que en lugar de tinta fluida llevaban ésta en una barrita y el depósito se llenaba de agua.

—Usted, mi querido tocayo, no habrá contado quizá el número de expedientes que por sus manos han pasado en tanto tiempo de jefe del Registro.

—No, la verdad es que no los he contado; pero la suma resulta fácil, una suma aproximada. En el Registro de la Propiedad Industrial se archivan al año de seis a siete mil expedientes. Y yo he estado ahí cerca de un cuarto de siglo...

Una cifra más—y es la última para la visión panorámica del volumen que tiene el Registro de la Propiedad Industrial—: en su archivo hay cuatrocientos mil expedientes.

#### EL MUSEO DE MODELOS Y LA BIBLIOTECA DEL INVENTOR

—Sería interesantísimo—me explica el señor Cabello Lapiedra—el museo de modelos. Es un proyecto que yo tengo hace ya mucho tiempo y del que nuevamente me he ocupado en la Memoria que acabo de editar. En las propias galerías del Registro puede hacerse la exhibición de todos los modelos registrados y de todas las patentes que se reconocen. Este museo sería el manómetro del desarrollo industrial de España. Y como derivación tendría una exposición permanente de los productos tipos de producción cuyas marcas queden registradas; estos productos, con sus envases propios, tal y como van al mercado. ¿No cree usted que esto estaría bien?

He aquí una curiosa fotografía del autogiro, uno de los inventos españoles que han atraído el interés mundial sobre nuestro país.



—Claro que sí. —Pues aún querría yo más. Querría en el propio Registro la biblioteca del inventor.

#### GESTO Y ANÉCDOTA DE GRAN HUMORISTA

El inventor! La palabra tiene un encanto sutil, enigmático y anecdótico. Y aquí está don Fernando Cabello Lapiedra, que ha conocido a todos los inventores de España: a los cuerdos y a los locos, a los científicos y a los frívolos, a los obsesionados por las grandes creaciones para el mejoramiento de la humanidad y a los alicortados en unos inventos pequeños, ingenuos y triviales. Buscadores de oro y buscadores de cuproníquel.

—Lo pintoresco, don Fernando, es lo que quiero que usted me diga para las páginas de «Y». Don Fernando Cabello Lapiedra, faz de bondad, además hidalgo, cortesía de la mejor, sonríe accediendo, y me dice:

—¿Qué tipos tan extraños, tan desconcertantes, tan complejos, los que yo he visto! Naturalmente.

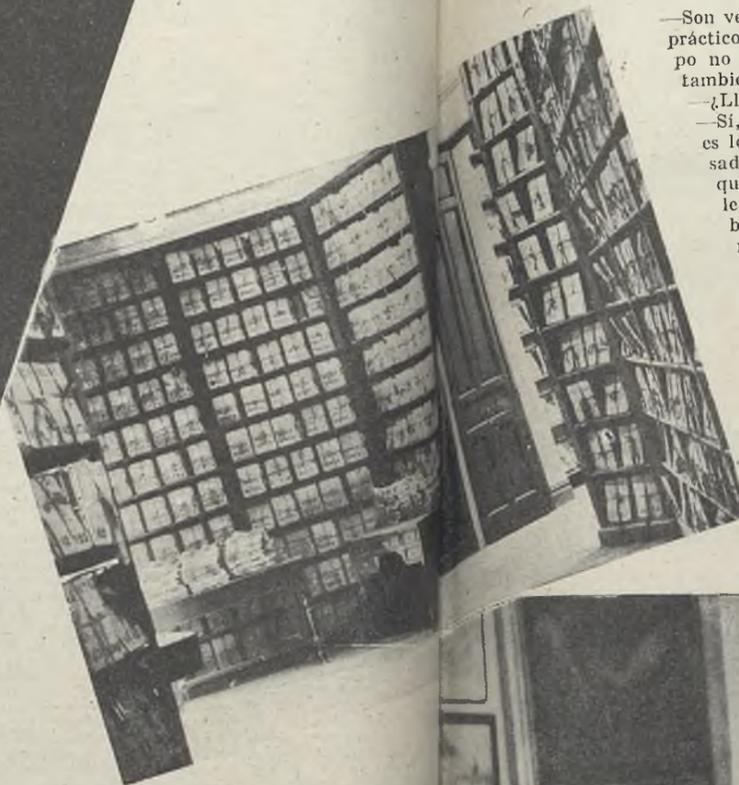
¡Cuántos locos, cuántos visionarios, cuántos grandes vendedores de nubes habrán pasado por el despacho de don Fernando entre los hombres serenos, reflexivos y conscientes de sus inventos!

#### ALGUNOS INVENTOS DEL CLERO

Se debe a Beda, monje inglés del siglo VII, el primer trabajo metódico acerca de la dactilología y la quiromancia, o sea el cálculo por los dedos y las manos. A Virgilio, arzobispo de Salybourg, en el mismo siglo, la primera afirmación de la redondez de la tierra y de la existencia de los antipodas. A Guy, monje de Arezzo, la clave, la escala musical y la armonía. Al diácono Gajo, el imán y la brújula. Al dominico Spina, los anteojos. Al dominico Alberto el Grande, el cinc y el arsénico. Al monje Rogerio Bacon, las ideas claras sobre todos los descubrimientos de nuestro siglo. Al fraile Schwarz, los fusiles y la pólvora de cañón. A Ricardo Wallingford, abad de San Albano, en Inglaterra, la construcción del primer reloj astronómico en 1326. A Lucas de Borgo, el álgebra. Al jesuita Kircher, en 1677, la primera linterna mágica y la construcción del primer espejo ardiente por medio de los vidrios planos. Al jesuita Cavallieri, que murió en 1647, la difracción de la luz y el descubrimiento de los infusorios. Al cardenal Regio Flontano, el sistema métrico. A este mismo cardenal, a Copérnico y al cardenal Cusa, el verdadero sistema del mundo. Al benedictino español Ponce, el principio de la instrucción de los sordomudos, en 1570, que después propagó y perfeccionó el presbítero francés L'Epée. Al padre Lucas, jesuita, que murió en 1687, la instrucción de los ciegos.



Legajos, infinitos legajos, en los que se archivan tantas cosas llenas de vitalidad y posibilidades... y tantas que ya nacieron muertas.



El jefe del Registro de la Propiedad Industrial, recién jubilado, recuerda algunas de las extrañas nubes de humo que pasaron por su despacho.

Por FERNANDO CASTÁN PALOMAR

—Son veintidós años los que he estado en el Registro. Y de ellos, veintiuno de jefe. Muy prácticos, créalo usted, muy prácticos—me dice el señor Cabello Lapiedra—. En ese tiempo no sólo he aprendido lo que pudiéramos llamar ciencia de la propiedad industrial, sino también mundología.

—¿Llegó a serle fácil el trato con los tenaces, con los exaltados, con los locos?...

—Sí, señor. Para vencer hay que jugar con armas iguales, pero más intensas. Y esto es lo que yo he hecho. A los tenaces, a los exaltados, a los locos, los he vencido por pesadez. Cuando uno de ellos, al cabo de dos horas de explicarme redundantemente cualquier fantasía agobiadora, se ponía en pie para marcharse, yo le hacía sentar, mientras le decía algo así como esto: «No se vaya usted, es pronto; vuelva a referirme eso tan bonito que me ha contado.» Y él se sentaba, volvía a sus disparates, y cuando pretendía marcharse de nuevo yo le obligaba a continuar un poquito más... Ese hombre, que salía de allí agotado de hablar, que había perdido la mañana en mi despacho, que no podía irse cuando él quería, porque yo no le dejaba, ese hombre no volvía más. No por falta de ganas, sino porque se había dado cuenta de que yo era un gran pesado, que lo retenía horas y horas...

He ahí un gesto y una anécdota de gran humorista.

#### LA TOLDILLA INDIVIDUAL

Lo extraño, lo absurdo, lo desconcertante; todo un panorama inquieto, pintoresco y caótico; todo un zigzag gigantesco de rarezas y excentricidades se pone en pie en las oficinas del Registro de la Propiedad Industrial. Fantasmas que dejaron sus tumbas en las novelas de Julio Verne; sibilas que vienen en corceles de humo a anunciar descubrimientos «que cambiarán la faz del mundo»...

—¡Cuántas veces he oído yo esa frase! —sonríe don Fernando.

—¿Qué estupenda necesidad recuerda usted de alguno de esos locos que acudieron a su despacho?

—¡Son tantas...!

Por su memoria desfila el recuerdo de esos caballos de humo galopando sin freno. Aprese uno cualquier cosa al pasar.

—Vea usted



Don Fernando Cabello Lapiedra, la más prestigiosa figura de la Propiedad Industrial española.

—me dice—lo que pretendía patentar un inventor: la toldilla individual.

—Y eso, ¿qué era?

—La sustitución del paraguas. Para ese hombre, el odio al paraguas residía en estos principios elementales: el paraguas obliga a no disponer de una de las manos; las manos nos han sido dadas para empleos más útiles que para llevar el paraguas; todo lo que resta utilidad debe ser condenado al fuego. Y en su lugar decidió aquel hombre imponer un paraguas que no hubiera que llevarlo en la mano, sino que se sujetara a los hombros merced a un artefacto feísimo y muy complejo. Eso era la toldilla individual.

#### TODO EL SUELO DE ESPAÑA A UN NIVEL MISMO

—Hubo otro—sigue diciendo el señor Cabello Lapiedra—que había inventado una máquina, según decía, para que toda España quedara a un mismo nivel. Debía de ser una máquina destructora, claro. El presentaba la utilidad de su invento con una fértil fantasía. Todo lo encontraba tan llano como el mapa que quería dejar. ¿Que se quedaban colgajantes los ríos? ¡Y qué! ¿Que se desmeleaban las cascadas? ¡Preciosos! Para él todo resultaba fácil y bonito.

—Y estas locuras no se patentan, claro.

—No, no, en modo alguno. Pero a veces ocurre que inventos

(Continúa en la página 49.)

( F O T O S Z A I D I N )